

Percepciones sobre la democracia en Venezuela: el voto como cambio político. Legitimidad, descontento y populismo

Sumario

Planteamiento e indicadores. La pérdida de confianza en los partidos y la actitud frente al voto. La triada de Albert Hirschman: “Voz, “salida” y “lealtad”. Variables incluidas en el modelo. Descontento político y cambio de régimen: realismo vs. Idealismo.

Resumen

¿Qué sucede si los ciudadanos se sienten indefensos frente a la falta de control de los gobiernos en una sociedad con dos organizaciones políticas que se han alternado periódicamente en el poder sin resultados satisfactorios con respecto al desempeño de sus respectivos gobiernos en el pasado? ¿Cómo podrían los ciudadanos distinguir los buenos gobiernos de los malos? A partir de estas preguntas buscaremos algunos indicadores para construir dos modelos que nos ayuden a plantear, a partir de las ideas de Albert Hirschman “salida” “voz” y “lealtad”, el valor del voto como cambio político más allá de un simple realineamiento partidista. Igualmente queremos probar que la baja confianza en las instituciones políticas, alta desafección política e insatisfacción prolongada afecta la legitimidad de la democracia y por ende favorece la aparición de liderazgos populistas.

Palabras clave: Democracia, legitimidad, insatisfacción, voto, populismo

Abstract

What happens if the defenseless citizens feel like front to the lack of control of the governments in a society with two political organizations who have been alternated periodically in the power without satisfactory results with respect to the performance of their respective governments in the past? How could the citizens distinguish the good governments of the bad ones? From these questions we will look for some indicators to construct two models that help us to raise, from the ideas of Albert Hirschman “exit” “voice” and “loyalty”, the value of the vote like political change beyond a simple partisan realignment. Also we want to prove that the low confidence in the political institutions, high political disaffection and prolonged dissatisfaction affects the legitimacy of the democracy and therefore it favors the appearance of leaderships Populists.

Key Words: Democracy, legitimacy, dissatisfaction, vote, populism.

Artículo: recibido, junio 6 de 2006; aprobado, agosto 20 de 2006.

Luis E. Madueño: Doctorando por la Universidad Autónoma de Madrid. Politólogo, Magíster en Ciencias Políticas, Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL) - Universidad de los Andes. DEA, Universidad Autónoma de Madrid. Docente-Universidad de los Andes de Venezuela. Miembro, Centro de Investigaciones de Política Comparada de la Universidad de los Andes.

Correo electrónico: luisma75@hotmail.com



Percepciones sobre la democracia en Venezuela: el voto como cambio político. Legitimidad, descontento y populismo*

Luis E. Madueño

1. Planteamiento e indicadores

Lo que “cree la gente acerca de un sistema político no es algo ajeno a éste, sino que forma parte de él. Esas creencias, cualquiera sea la manera en que se formen, determinan efectivamente los límites y las posibilidades de evolución del mismo; determinan lo que puede aceptar la gente y lo que va a exigir”¹.

¿Qué sucede si los ciudadanos se sienten indefensos frente a la falta de control de los gobiernos en una sociedad con dos organizaciones políticas que se han alternado periódicamente en el poder sin resultados satisfactorios con respecto al desempeño de sus respectivos gobiernos en el pasado? ¿Cómo podrían los ciudadanos distinguir los buenos gobiernos de los malos? A partir de estas preguntas buscaremos algunos indicadores para construir dos modelos empíricos² que nos ayuden a plantear, a partir de las ideas de Albert Hirschman “salida”, “voz” y “lealtad”, el valor del voto como cambio político más allá de un simple realineamiento partidista. Para responder a estas preguntas, podemos señalar los siguientes elementos:

a. Indicadores generales del bienestar general del votante (“¿estoy mejor ahora que antes?”) o de la situación económica o social (el índice de miseria, la tasa de delincuencia), la evaluación de la política económica (retrospectiva), la situación personal futura (prospectiva), las crisis económicas y sociales prolongadas.

b. Información referente al carácter personal de un político, que se puede obtener desde su historial de vida difundido por los medios de comunicación, su manera de hablar, su lenguaje, su participación en escándalos de corrupción y sus afiliaciones de grupo, posición frente a los partidos y la política, si es un *outsider* o *populista* con un discurso anti-institucionalista (anti- partido, anti- clase política, anti- democracia representativa, etc.)³.

* Este artículo forma parte del trabajo de doctorado titulado: “La dinámica de las actitudes democráticas en Venezuela: soporte político de una democracia incompleta. Confianza, desafección y legitimidad”.

1 Macpherson C. B. 1997, pp. 15-16.

2 Estos dos modelos se construirán a partir del análisis de regresión lineal, el cual consiste en una técnica estadística utilizada para estudiar la relación entre variables cuantitativas. El análisis de regresión lineal puede utilizarse para explorar y cuantificar la relación entre una variable llamada dependiente o criterio y una o más variables llamadas independientes o predictoras.

3 Un discurso institucionalista democrático es el que intenta coincidir los límites del discurso con la de la comunidad política, mientras que un discurso populista, busca quebrar dicha comunidad, intenta establecer fronteras, diferencias internas que instituya al “pueblo” como la legítima totalidad frente a su contrario discursivo (Laclau, E. 2005).

c. Las políticas que defiende el candidato o el gobernante en campaña a futuro en sus discursos políticos, como la necesidad de cambio.

d. Podemos decir inicialmente que los ciudadanos son racionalmente⁴ perceptivos en cuanto a la evaluación de una crisis de rendimiento del sistema político, a pesar de los altos niveles de valorización de la democracia como el mejor sistema político, no hay suficiente y desarrollada aceptación del mismo, en la medida que su aceptación está instrumentalizada si resuelve los problemas de las personas, o no los resuelve. ¿Es la valoración positiva del sistema democrático, frente a otras formas de gobiernos, un antídoto contra los autoritarismos de nuevo tipo (neopopulismo⁵)?, para instrumentalizar esta premisa utilizaremos la variable “voto Chávez”.

Nótese que esta lista arriba incluye indicadores “prospectivos”, tales como programas electorales y, “retrospectivos”, como la evaluación de la economía en anteriores gobiernos. Igualmente tenemos indicadores de evaluación de los liderazgos al igual que del sistema político. Si la gente está tratando de diferenciar los malos gobiernos de los potencialmente buenos, entonces la experiencia previa como la información, tanto retrospectiva como prospectiva, pueden resultar relevantes para la toma de decisiones, aun cuando sea imprecisa y a menudo se interprete mal. No se trata aquí de una mera sanción; si los indicadores retrospectivos como las promesas respecto a la actuación futura son creíbles (las prospectivas), la situación ante la cual nos encontramos es de cambio⁶. Y

cuando hablamos de cambio en este contexto, hacemos referencia a la emergencia de nuevas fuerzas políticas y cambio en el cálculo estratégico de los ciudadanos con respecto al contrato político en el que se sustenta el antiguo equilibrio institucional, escuchándose repetidamente: “la democracia debe dar frutos o de lo contrario...” La frase nunca se completa, pues la segunda parte se considera obvia⁷. En ciertas condiciones, una crisis de rendimiento del sistema político democrático debido a una insuficiencia en su aceptación, por razones de ineficacia del mismo, puede movilizar al electorado a opciones de liderazgos con actitudes autoritarias o populistas.

2. La pérdida de confianza en los partidos y la actitud frente al voto

Mucho se ha argumentado acerca del voto como control político⁸; la pérdida de confianza en los partidos políticos o, mejor dicho, en el sistema de partidos generó cambios en las actitudes del electorado. Durante dos décadas funcionó la noción de identificación partidista⁹ como vínculo emocional con los partidos políticos (gráfico N° 1), inculcado desde la juventud y que, pasando por encima de los realineamientos partidistas, determinaba el comportamiento electoral a lo largo de la vida. No obstante, a partir de 1993, con el triunfo de Rafael Caldera, la competición del duopolio de los partidos políticos deja de ser el determinante del comportamiento electoral y se producen cambios en la conducta del elector. Ya no responde solamente a la toma de posiciones frente a los planes futuros del gobierno, sino que evalúa el desempeño de los

4 Un aspecto de la información incompleta por parte del ciudadano o una decisión tomada racionalmente pero fundamentada en un escepticismo con respecto al pasado, puede resultar en que los votantes sean miopes: se interesan exclusivamente por el cambio de su bienestar durante el mandato electoral. Pero si los votantes son completamente racionales, también deben preocuparse, al final del periodo legislativo, por el valor presente de su bienestar futuro: el legado que deja el gobierno para el futuro: Si la economía se expande porque el gobierno decide cortar todos los árboles del país, el votante vivirá de champán durante el actual mandato, pero no quedarán más árboles que cortar. Véase Bernard Manin, Adam Przeworski y Susan C Stokes, 2002, p. 35.

5 Véase el trabajo de Rene Antonio Mayorga, 1995.

6 Cfr. FEARON, James D., 2002, pp. 142-143.

7 PRZEWORSKI, Adam. 1995, p. 55.

8 Para MANIN, Bernard, PRZEWORSKI y STOKES, Susan. (2002, p. 32) la concepción de la representación como control (*accountability*) nos dice que los gobiernos son “controlables en la medida en que los votantes sean capaces de discernir si éstos actúan conforme a sus intereses y puedan sancionarlos apropiadamente, de manera que aquellos gobiernos que actúan en función del mejor interés de los ciudadanos logran la reelección y aquellos que no, la pierden. La representación de *control* acontece cuando (1) los votantes deciden renovar la confianza al gobierno sólo si éste obra de acuerdo con sus mejores intereses y cuando (2) el gobierno adopta las políticas necesarias para su reelección. Para José María Maravall (2003) “La responsabilidad política de los gobiernos democráticos depende de que los ciudadanos puedan juzgar su historial retrospectivamente en el momento de las elecciones, y castigarlos o recompensarlos como consecuencia de su gestión”. Para Fiorina (citada por Maravall) “las elecciones, más que indicar en qué dirección ha de moverse la sociedad, muestran la evaluación que los ciudadanos hacen de por dónde ha ido dicha sociedad” (p. 17).

9 Según ABRAMSON, Paul R. (1987) “la identificación partidaria es una variable actitudinal que mide el sentido de vinculación de un individuo con un grupo de referencia política”, p. 91. Para Antonio Rivas Leone el declive de la identificación partidista se hace patente en los años noventa cuando AD y COPEI disminuyen su caudal de votos y surgen nuevas fuerzas políticas que le disputan el apoyo de los ciudadanos tales como Rafael Caldera y Andrés Velásquez en 1993, Hugo Chávez y Salas Rómmel en 1998, todos



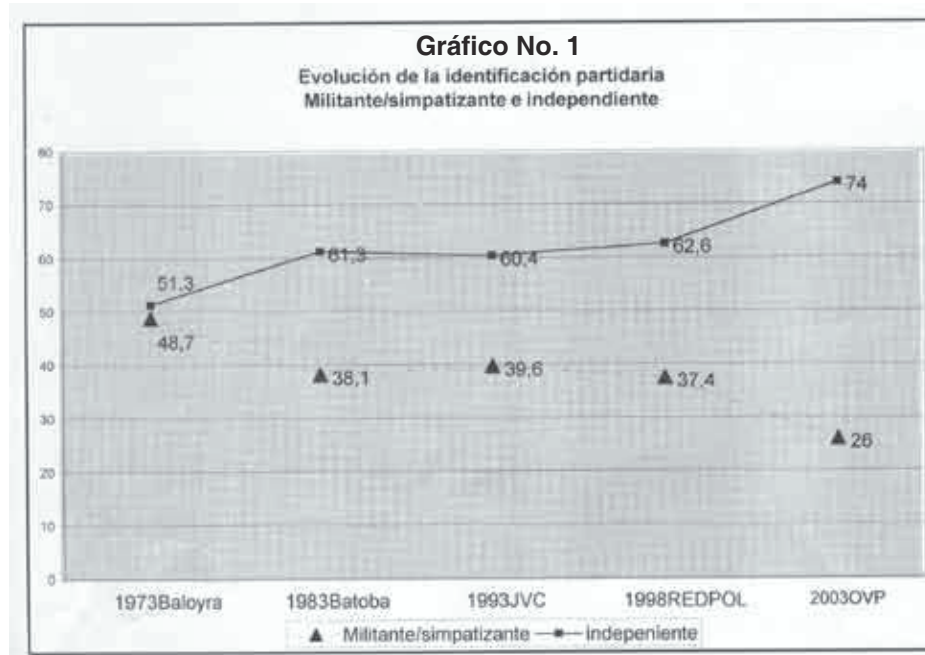
gobiernos en el pasado y atiende a demandas más profundas de transformación social. Aparece el “voto retrospectivo” como forma de evaluación de los partidos.¹⁰

Así, entre estos cambios, podemos señalar la actitud frente al voto. La actitud hacia el cambio difuso aparece cuando las expectativas de los electores no son satisfechas, pero sobre todo cuando los electores no ven alternativas a las cuales acudir en busca de soluciones. En este sentido, el voto como control político deja de cumplir su función dentro del sistema de partidos. Este síndrome se traduce en una suerte de indefensión del ciudadano que se traduce, a su vez, en agresividad. Una agresividad-rebeldía dirigida a romper con la inercia del corsé de una práctica institucionalizada entre opciones igualmente insatisfactorias¹¹.

Esto trae como conclusión que los partidos políticos, en términos generales, no hayan

superado con éxito el ejercicio de sus funciones, ni en la fase de agregación de demandas ni en la fase de representación de las mismas en el proceso de toma de decisiones, y ello tiene una clara expresión en los bajos niveles no sólo de confianza política expresados por la ciudadanía, sino en la baja propensión de la ciudadanía a seguir apoyándolos con su voto (Gráfico N° 2). Este déficit en aquellas funciones que los legitiman en tanto mediadores políticos –agregación de preferencias y representación política-, produce en el elector la sensación de que las cosas continuarán de la misma manera cualquiera fuese el elegido.

En este sentido, el voto hacia Chávez (1998) puede considerarse como un mecanismo de cambio, y una expresión de esa sensación de frustración de expectativas¹². Las reacciones a la frustración no están sólo condicionadas por la naturaleza del objeto o agente frustrante, que en este caso es el sistema de partidos, sino

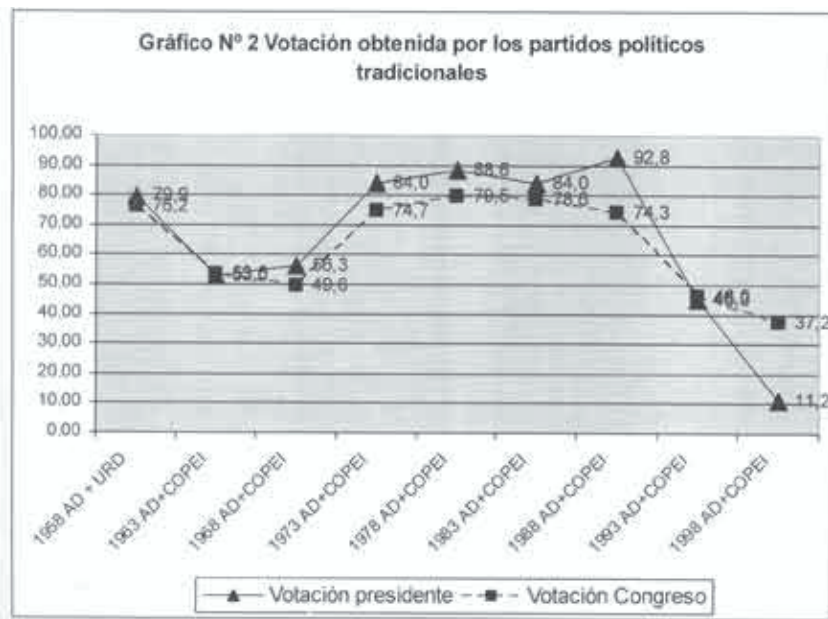


orientados con discursos antipartido, p. 256.

10 Key (citado por Susan C. Stokes, 2002, p. 107), es el padre de las teorías contemporáneas del voto retrospectivo, en el que los ciudadanos a la hora de decidir cómo votar no evalúan la posición de los partidos con respecto a cuestiones políticas, sino el desempeño pasado del gobierno. Aquí el papel de la etiqueta del partido es también el de una regla de decisión. La visión de “etiqueta del candidato” de los partidos, de acuerdo con la cual las etiquetas de los partidos resumen el desempeño pasado de los gobiernos bajo una determinada dirección del partido, es una extensión de esta perspectiva. Para Alfredo Ramos Jiménez (2002), “en Venezuela, cerca de cuarenta años de democracia bipartidista constituyeron ciertamente una época de ruptura frente al pasado autoritario militarista. Ello a la larga habría producido una situación de ‘fatiga cívica’ y de desencanto democrático que comienza a revelarse en la manifiesta desafección de los ciudadanos hacia la política. Y es que los dos principales partidos se habían desgastado en el poder y ya a principios de los noventas habían perdido una hegemonía que en un largo período de tiempo funcionó como una suerte de duopolio partidocrático”, p. 23.

11 Según ABRAMSON, Paul R. (1987) “Para castigar efectivamente al partido en el poder, los votantes deben apoyar al partido o a los partidos que no están en el poder y si estos partidos son inaceptables, su protesta se limita a la abstención”, p. 90.

12 Para Alfredo Ramos Jiménez (2002), “si bien es cierto que en el discurso de Hugo Chávez encontramos el vocabulario tradicional del populismo latinoamericano, no por ello su ideario político se reduce en modo alguno a ‘lo que el presidente dice’, sino que el mismo se extiende al campo de las actitudes políticas, en tanto predisposiciones a actuar en una forma determinada frente a las perversiones de la democracia bipartidista. Así, la recurrente condena de los cuarenta años de <democracia corrupta>, por ejemplo,



también por la cultura política del electorado, en la cual la lealtad partidista está basada en una relación asistencialista-clientelista¹³ más que en una relación de tipo programático-ideológica.

De manera general, la respuesta del elector ante la frustración puede ser agresiva y su manifestación toma cuerpo en el voto fuera de las organizaciones tradicionales, o de apatía o desafección. De aquí que podamos vincular la frustración con la agresión, la cual puede estar dirigida hacia el objeto-obstáculo, en este caso los partidos políticos que impidieron alcanzar el objeto deseado o, mejor dicho, el mejoramiento en la calidad de vida. La pérdida de la capacidad de influencia es una distribución de probabilidades acumuladas, de aquí que las probabilidades de que uno de los dos partidos realizara una buena gestión de gobierno quedó determinada por los hechos de sus gestiones administrativas pasadas, pues uno era igual que otro. Pero, además, el voto perdió su función como control político, ya que las estructuras políticas de los partidos no garantizaron el derecho a ser oído, el

derecho a influir sobre el control de la toma de decisiones.

3. La tríada de Albert Hieschman: “Voz”, “salida” y “lealtad”

Plantear la tríada de Albert Hirschman (1977) *voz, salida y lealtad*; nos demanda elaborar el concepto de lealtad. Para definir el concepto de lealtad Albert Hirschman propone dos opciones en las cuales el individuo se involucra en los espacios de acción colectiva, ya sea como consumidor o en la participación política partidista, en un momento de descontento e insatisfacción con respecto al objeto-afecto (partidos políticos, sindicatos, un líder, etc.) al cual está dirigida la acción: la salida, puede ser considerada el abandono de cierta actividad realizada; la voz, es la actitud crítica para lograr mejoras, pero desde adentro, lo cual implica la permanencia en la actividad que se viene realizando. Para Albert Hirschman, lo que mantiene la opción de *voz* alejada de la *salida*, es el uso eficaz de la misma como opción de cambio y la previsión

se inscribe netamente dentro de una proclamación, tan general como abstracta, de <refundación de la democracia>”, p. 25

13 Gladys Villarroel llega a los mismos resultados; según su investigación, las evidencias indican que la participación política en Venezuela no se explica en los mismos términos de Almond y Verba: a mayor educación o nivel socioeconómico, mayor participación o disposición a participar. Por el contrario, los resultados apoyan los hallazgos de Baloyra y Martz en 1979. Los estratos altos, a pesar de su posición crítica respecto al sistema político, minimizan su participación puesto que poseen gran “capacidad personal” (por capacidad política personal Baloyra y Martz entienden el alcance según el cual los individuos creen que pueden influenciar en la distribución de los bienes públicos). Esta capacidad aumenta con el nivel socioeconómico, es decir, es mayor en los estratos socioeconómicos altos y no se acompaña de mayor participación en términos electorales, de afiliación o apoyo a los partidos políticos. En cambio, los estratos pobres maximizan su participación, particularmente en términos partidistas como una manera de acceder a las instancias de decisión política y las prebendas políticas. Este tipo de relación no es el resultado de un esfuerzo individual sino a la necesidad de pertenencia a un grupo (un partido que esté en el poder u otras relaciones ventajosas) para acceder a un favor, un trabajo o una prebenda. Hay conciencia en Venezuela tanto en los estratos bajos, medio y medios altos, de que buena parte del funcionamiento real de la sociedad se basa en “contactos” (rede de relaciones) que en el nivel político se manifiesta en clientelismo, el prebendalismo, el favoritismo y, por ende, en la corrupción, todos los fenómenos que muestran la cara problemática de la cultura



a la sensibilidad que demuestren todavía las estructuras de autoridad a la demanda de la voz. Ahora bien el dique que separa *la salida de la voz* es *la lealtad* respecto al objeto-afecto: la lealtad inocula la salida y activa la voz. “La lealtad, no es un acto irracional, puede servir al propósito socialmente útil de impedir que el deterioro se vuelva acumulativo, como ocurre tan a menudo cuando no hay barrera a la salida”¹⁴. Cuando más leal sea un miembro de la organización, mayores serán sus esfuerzos por lograr la mejora desde dentro. Los miembros pocos *leales* adoptarán la opción de la *salida* mucho antes que los miembros muy *leales*. Para que la lealtad funcione tiene que existir la *salida* como posibilidad de actuación”¹⁵

De acuerdo con esto, la propensión a la *salida* aumentó como función creciente del descontento con la calidad del producto que ofrecían los partidos. La teoría de Albert Hirschman observa cómo la baja calidad de un producto lleva a la salida de los consumidores. En este caso, la teoría de la demanda nos dice que: la baja demanda de un producto, en esta situación el apoyo a los partidos, lleva a la propensión de *salida* como función creciente del descontento con el funcionamiento del sistema de partidos. La *salida* se refiere a una transferencia de una estructura a otra, de aquí el nombre del modelo *voto salida*. Si el deterioro es un proceso que se desenvuelve en etapas durante cierto período, es más probable que la opción de *voz* –la *voz* se refiere a la operación dentro de un estructura una vez tomada la decisión de permanecer allí– se tome en un etapa temprana; una vez que la voz no produce cambios, la salida será en consecuencia un último recurso tras el fracaso de la *voz*. Si tenemos dos organizaciones políticas cuyas ofertas son ya conocidas por su ineficiencia, y la demanda de los electores se encuentra congelada (su protesta o refugio se limita a la abstención) por falta de ofertas creíbles, la inferencia de que el votante cautivo no tiene a dónde ir es el epitome de la indefensión. En consecuencia, si carecemos de una demanda elástica de los votantes que otrora votaban por alguno de los dos partidos, es de esperar una *salida* (frente a la lealtad a los partidos políticos tradicionales) hacia un nuevo oferente. El cambio de calidad se define como un deterioro experimentado así por todos los consumidores que en este caso serían los electores. El cambio de *voz* a *salida* impulsa a las organizaciones a proponer cambios. Si los actores no proponen los cambios significativos o no hay enmienda, la *salida* resultará un “producto conjunto” y, por tanto, difuso, es decir generalizado.

El cambio como “salida” estuvo liderado por Chávez, pues el malestar producido por las percepciones negativas de los partidos tradicionales fue acompañado por la emergencia del fenómeno del *outsider*, o actores independientes que han sido vistos por el imaginario colectivo como una alternativa a la oferta de representación política planteada por los partidos políticos. Chávez no tenía lazos de comunicación con los representantes de la política tradicional, ni siquiera tenía un verdadero partido político; a su plataforma electoral prefería llamarla movimiento antes que partido, pues la palabra partido en el imaginario colectivo estaba desprestigiada. Gran parte de la simpatía que despertó en la gente se generó durante el fallido golpe de Estado de 1992, que se convirtió en una verdadera agencia política.

Entiéndase por agencia política cualquier acción individual o colectiva que se concreta en una opción política, y que en nuestro ejercicio se puede traducir en una opción de cambio. Entre los principales obstáculos y riesgos –según Andrea Costafreda¹⁶– que puede confrontar una agencia política con capacidad de revertir el círculo vicioso en el que quedan atrapadas las instituciones, se destacan aquellos acuciantes, a nuestro parecer: a) las debilidades de los partidos políticos, en cuanto a su programación y renovación interna, b) el riesgo vinculado a la adopción de un modelo de *outsider* “salva patrias”. Chávez en su discurso instrumentaliza la agresividad de la ciudadanía hacia los partidos políticos. La elección de 1998 se dirime entre el cambio representado por la “revolución bolivariana” de Chávez, y el continuismo representado por la “reforma del puntofijismo” de Salas Römer; conllevó una verdadera transición de un estado de precariedad política –con partidos y liderazgos cuestionados, poder presidencial debilitado– asociado a un notorio malestar y escepticismo social, hacia una recomposición política en torno de un liderazgo voluntarista y de pretensiones revolucionarias, a la vez que el humor social tornaba al optimismo.

El pobre desempeño económico de las dos últimas décadas explicaría el deterioro operado en las evaluaciones que realizan los ciudadanos de la labor de los gobiernos-*voto retrospectivo*– durante ese período. Desde los años ochentas, el modelo económico basado en la renta petrolera asomaba síntomas de agotamiento; no obstante, ninguno de los principales partidos políticos que se alternaban en la administración, AD (Acción Democrática) y Copei (Comité Político Electoral

política (Dieter Nohlen, 2002).

14 ABRAMSON, Albert O. 1977, p. 80.

15 *Ibid.*, 80.

Independiente), propuso iniciativas para aplicar un programa de ajuste económico temiendo los riesgos políticos y electorales. Las elecciones de 1988 llevaron a la Presidencia, por segunda vez, a Carlos Andrés Pérez, quien fue elegido bajo el espejismo de la abundancia y las expectativas de la “Gran Venezuela”, que algunos señalaron como el regreso a la “Venezuela Saudita” de los años setentas. Sin embargo, Pérez puso en marcha un programa de medidas de estabilización severas, de ajustes estructurales para corregir los graves desequilibrios macroeconómicos (fiscal, monetario y cambiario). El programa denominado el “Gran Viraje” fue diseñado por un conjunto de tecnócratas, pero carecía de un adecuado apoyo político. Se implantó sin generar consenso entre los partidos políticos – ni en el propio AD-, grupos de presión (Confederación de Trabajadores de Venezuela y Fedecámaras), y sin apoyo de los sectores populares, que fueron los que cargaron desproporcionadamente con los costos de la reestructuración económica. Las primeras medidas del ajuste económico chocaron con las expectativas populares, lo que se tradujo en una revuelta popular, el llamado “caracazo” de febrero de 1989. El acelerador de dichas protestas fue el aumento de los precios de la gasolina y las tarifas del transporte público para una población acostumbrada a los subsidios gubernamentales. Dos años después, en 1992, el teniente coronel Hugo Chávez Frías intenta sin éxito un golpe de Estado, pero adquiere cierta simpatía en el imaginario popular. El presidente Carlos Andrés Pérez fue destituido en 1993 tras un juicio por corrupción y sin el apoyo de su partido. Bajo el gobierno interino de Ramón J. Velásquez, se celebraron nuevas elecciones a fines de 1993. El triunfo de Rafael Caldera como independiente, después de haberse separado de su partido COPEI, despertó nuevamente las expectativas populares, pues en su campaña electoral prometió revertir los efectos del “Gran Viraje” de Carlos Andrés Pérez. En los primeros dos años (1994-1995) intenta administrar la crisis financiera (quiebra de varios bancos), sin embargo, en 1996, regresa a la ortodoxia económica, provocando nuevamente la frustración de las expectativas sociales sobre

la recuperación de la prosperidad.

A la frustración por las promesas incumplidas le sigue el estancamiento económico y esta situación se refleja en las actitudes de los ciudadanos a través de la desconfianza en la política, en los políticos y los partidos en general. En este contexto, las esperanzas se vuelcan en la búsqueda de un líder que se caracteriza por su discurso crítico hacia la institucionalidad democrática y representativa, en especial contra los partidos y por una estrategia electoralista al margen de las estructuras partidistas. Es necesario dejar en claro que buscar explicaciones causales entre políticas económicas de ajuste o reformas y la crisis del sistema de partidos sería aventurarnos. No obstante, según Przeworski, “si importantes sectores sociales siguen cargando desproporcionadamente con los costos de la reestructuración económica, entonces se pueden crear las condiciones para que los militares, en términos comparativos, obtengan ganancias de poder organizativo, ideológico y político”¹⁷. Si bien los hechos del caso venezolano corroboran esto, la frustración de las expectativas fue acumulándose sistemáticamente a través de varias administraciones -desde los años ochentas-; el efecto de las medidas de estabilización severas y una corrupción¹⁸ endémica contribuyó como catalizador para acelerar la frustración de los ciudadanos y con ello la “salida” propuesta por un liderazgo populista. Estas “crisis –según Juan Linz- son el resultado de una falta de eficacia o efectividad de gobiernos sucesivos al enfrentarse con serios problemas que requieren decisiones inmediatas. En último término, el derrumbamiento es el resultado de procesos iniciados por la incapacidad del o los gobiernos de resolver problemas para los cuales las oposiciones desleales se ofrecen como solución”¹⁹

4. Variables incluidas en el modelo

Para la construcción del modelo utilizaremos la encuesta REDPOL 98, realizada en noviembre, justo antes de las elecciones. Para este modelo, la variable dependiente “voto por Chávez” se considera como una actitud de salida y de cambio frente a los partidos políticos tradicionales. Se trata de comprobar

17 PRZEWORSKI, Adam. 1998, p. 79.

18 Véase el trabajo de Michell A. Seligson (2002) en el cual prueba, utilizando un encuesta por muestreo de nacionales con nueve mil cuestionarios en cuatro países latinoamericanos (el Salvador, Nicaragua, Bolivia y Paraguay), el efecto de la corrupción en la valoración-legitimidad del sistema político. En dicha investigación encuentra que independientemente de la ubicación socio-económica, demográfica e identificación partidaria, la exposición a la corrupción corroe la creencia en el sistema político y reduce la confianza interpersonal. La evidencia parece aclarar por lo menos para estos cuatro países que la corrupción lleva consigo costos políticos importantes. Para Alfredo Ramos Jiménez, “una suerte de «fatiga cívica» está en el origen del despliegue –incontenible para la clase política- de actitudes antipolíticas entre los ciudadanos, fomentando con ello un clima de desencanto con la democracia, hecho social que, a partir de una extendida demanda de cambio, está en el origen del advenimiento de soluciones políticas alternativas de cuño personalista, las mismas que en su despliegue se revelarían providenciales y provisionales” p. 168.

19 LINZ, Juan. 1987, p. 93.



si se trata o no de un voto como *salida* en las elecciones de 1998. En este sentido, “un voto -según Isidoro Chereski e Inés Pousadela- es siempre más que un voto, pues tiene un (o más de un) sentido oculto que debe ser desentrañado. Ello se debe a que, además de cristalizar en dispositivos institucionales, las elecciones producen prácticas enraizadas en las costumbres ciudadanas”²⁰.

En cuanto a las variables independientes, podemos señalar la importancia de las condiciones económicas, lo cual tiene consecuencias importantes en cuanto al desempeño de los gobiernos en la medida en que se verían favorecidos con el voto de los electores si su desempeño ha sido positivo o negativo. En este sentido, los venezolanos han manejado el voto como control de una manera retrospectiva para premiar o castigar a los gobiernos de turno según su desempeño económico²¹. Por tanto, utilizaremos otra variable independiente como la “evaluación retrospectiva de la política económica”. Igualmente incluiremos la variable “situación personal futura”, una variable que indica optimismo sobre la situación personal futura.

Para las variables de control hemos elegido las variables como: género, edad y nivel educativo. Igualmente hemos introducido la ubicación ideológica, para controlar la evaluación de la política económica. También incluiremos la variable “democracia o dictadura”, como una variable que mide las actitudes hacia el régimen político, especialmente la valoración normativa o valorativa como forma de gobierno, pues si bien es cierto que en los venezolanos existen elevados niveles de aceptación valorativa de la democracia, también existen algunos indicadores sobre la actitud frente a la crisis que implicarían una posición muy poco democrática (“la mano dura” no viene mal). Por tanto, veremos si existen cambios en la cultura política con respecto a la democracia.

Para generar los resultados nos apoyaremos en el análisis de regresión logística. De todos los coeficientes significativos (Sig. < 0,05), sólo los correspondientes a las variables “situación personal futura” (significativa pero baja) y “democracia o dictadura” son positivos, por lo que ya se puede anticipar que, según la variable retrospectiva “situación personal futura”, las probabilidades de votar por Chávez se incrementan con respecto a la variable

“evaluación de la política económica”, con coeficiente negativo y con significación baja; la propensión a votar por Chávez se incrementa cuanto más negativa resulta la evaluación de la política económica. Igualmente, con respecto a la valoración de la democracia representada por “democracia o dictadura”, las probabilidades de votar por Chávez aumentan en la medida en que aumenta la intención del voto hacia “dictadura”/“depende” por parte de los no demócratas (85% de un 20% de no demócratas) que votaron por Chávez y una minoría de demócratas (38,1% del 85,1% que dicen ser demócratas) que votaron por Chávez. De estos resultados podemos realizar dos lecturas: la primera, que existe evidencia de demócratas que percibían en Hugo Chávez el líder de “mano dura” que necesitaba el país para poner orden y, la segunda, que durante la campaña, Hugo Chávez convenció a un número suficiente de demócratas de que la democracia no estaba en peligro. El signo negativo del resto de los coeficientes indica que el incremento en cualquiera de las demás variables aumenta la probabilidad de que un elector vote por Chávez: se demuestra que en la medida en que aumenta la tendencia hacia la izquierda es mayor la probabilidad de votar por Chávez. Tomando en cuenta las variables de género, edad y nivel educativo, el voto “salida” parece ser el que se ubica ideológicamente hacia la izquierda, en sectores de menor nivel educativo, más probablemente entre las mujeres y, como el deterioro es un proceso que se desenvuelve en etapas durante cierto periodo, es más probable que los mayores se inclinen más que los jóvenes hacia el voto por Chávez.

Si bien es cierto que el “modelo del voto salida” no explica completamente la “salida” como expresión del desencanto con el sistema de partidos, y el incremento de actitudes negativas con respecto a la democracia alimenta en el imaginario ciudadano la opinión de que un gobierno fuerte no viene mal si resuelve los problemas económicos que la democracia no ha satisfecho, a pesar de que también es cierto que los venezolanos evalúan positivamente la democracia, un porcentaje alto considera que el país requiere una mano firme y enérgica, lo cual revela que hay un cierto autoritarismo acentuado²². Los hechos no estadísticos confirman la viabilidad de que

20 CHERESKY, Isidoro y POUSEDELA, Inés. 2004, p. 30.

21 Véase José María Maravall, 2003, sobre la evolución de la economía y el voto (pp. 89-96).

22 Según el estudio de perfil Consultores 21 2003 (Estudio Perfil Consultores 21, N° 56. Estudios perfil. Septiembre 2003), al preguntar si lo que el país necesita es autoridad y disciplina, un 77% respondió afirmativamente; en el mismo estudio se preguntó si unos pocos líderes fuertes le harían más bien a este país que muchas leyes y discursos respondió afirmativamente un 62%. Igualmente, en la encuesta mundial de valores 2000 en cuanto a actitudes autoritarias, los venezolanos se encontraban en un 46% y en cuanto a la preferencia por un líder autoritario en un 38%. En la encuesta de Félix Seijas 2005, 79,2% se mostró de acuerdo o muy de acuerdo con la expresión: “lo que Venezuela necesita realmente, más que preocuparse de los derechos humanos, es autoridad y orden” (*El Nacional*, 2 de octubre de 2005, p. A 2).

Modelo de "voto salida"		
	B	Sig
Sexo	-0,100	0,002
Edad	0,022	0,058
Grado de instrucción	-0,032	0,022
Situación política personal futura	0,119	0,000
Evaluación de la política económica	-0,103	0,004
Ubicación ideológica	-0,152	0,000
Democracia o dictadura	0,405	0,000

Variable dependiente: Voto por Hugo Chávez. Los datos son coeficientes no estandarizados a través del análisis de regresión lineal. Significativo al nivel de 0,05. Redpol 1998.

los indicadores utilizados ayudan a comprender mejor, empíricamente, el caso venezolano. En este sentido, “la teoría de Albert Hirschman de la lealtad –sostiene Juan Linz- ofrece sorprendente paralelismo con el concepto weberiano de legitimidad y muestra aplicación al problema de la estabilidad. Hirschman observa –según Linz- cómo la demanda de un producto – en este caso el apoyo a un régimen- es muy probable que esté no sólo en función de su calidad presente sino también hasta cierto punto de su calidad previa a causa del retraso y la inercia en la percepción. En nuestros términos, la legitimidad está en función no sólo de su actuación, sino de todas las anteriores”²³.

Según la secuencia de Gamson²⁴ -aplicada por Ludolfo Paramio-, el descontento con los gobiernos de turno, la desconfianza hacia las instituciones políticas y la alienación respecto al sistema político abren varias interrogantes: en primer lugar, es evidente que a menudo los electores sienten descontento significativo respecto al gobierno de turno, ¿el descontento es simplemente una forma de inconformidad con el gobierno de turno, al cual el elector espera sancionar en las próximas elecciones? En segundo lugar, ¿cuándo es previsible que este descontento provoque tal desconfianza respecto a las instituciones que la gente pida un cambio político colectivo?

Por un lado, tenemos “los partidos, los actores que pretenden asumir la representación política de los electores ofreciéndoles propuestas de actuación que, de obtener el suficiente apoyo de los votantes, se convertirán en actuación de gobierno. El descontento con los gobiernos

se puede traducir en desconfianza hacia los partidos cuando éstos, en su conjunto, frustran las expectativas de los electores. Por ejemplo, cuando en un sistema bipartidista, tras una experiencia negativa de gobierno, éste cambia de signo pero el nuevo gobierno resulta también incapaz de resolver los problemas sociales a juicio de los votantes, éstos pueden sentir entonces que los partidos son incapaces de realizar su tarea de representación de las demandas ciudadanas”.²⁵

Por otro lado, tenemos “las instituciones que definen el campo y las reglas de juego: el tipo de régimen (parlamentario o presidencialista), el sistema electoral (mayoritario o proporcional). La percepción social del fracaso colectivo de los partidos políticos puede conducir a demandas de cambio institucional sin poner en cuestión la legitimidad de las instituciones en cuanto tales: un ejemplo sencillo es la propuesta de pasar de un sistema electoral mayoritario a otro proporcional cuando, en un sistema bipartidista, ambos partidos han frustrado las expectativas sociales y se extiende la idea de que es necesaria una tercera opción, pero ésta cuenta con escasas posibilidades de consolidarse mientras se mantenga el sistema electoral mayoritario”.²⁶

Un interrogante adicional, “dentro de la secuencia de Gamson, es saber cuándo, de la desconfianza en las instituciones, se pasa a la alienación política. Y dentro de ésta se deben diferenciar formas distintas. Existe una indiferencia hacia la política y los partidos que puede ser compatible con la participación electoral esporádica, y a la que cabe denominar simplemente apatía, pero existe también un abstencionismo sistemático que puede manifestar sólo una radical indiferencia, pero que normalmente tiene un componente adicional de agresividad hacia los políticos. Por último, existe la alienación propiamente dicha respecto al sistema político y a los valores de la democracia, incluyendo la creencia de otras posibles formas de gobierno más eficientes o más justas”²⁷. Lo cual implicaría una “salida”, no sólo con respecto a la lealtad de las organizaciones partidistas tradicionales, sino de las instituciones políticas que sustenta la democracia partidista, o, por lo, menos la que representaban AD y COPEI).

Para comprobar la tesis de la secuencia de Gamson sobre la alienación política con respecto al sistema político vigente y la creencia en nuevas posibles formas de gobierno,

23 LINZ, Juan. 1987, p. 101.

24 La secuencia de Gamson (es aplicada por Ludolfo Paramio en su trabajo *Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias* (CSIC)).

25 PARAMIO, Ludolfo. 1998, p. 3.

26 Idem, pp. 4-5.

27 Idem, p. 4.



producto de un distanciamiento de los valores de la democracia, incluiremos en el modelo anterior la variable “cómo debe modificarse la constitución” para ver su relación con el “voto Chávez”; si es positiva junto con el de la valorización de la democracia expresada en “democracia o dictadura”, encontramos que el “voto Chávez” es un indicador de la necesidad de un cambio en el sistema político, pues la mayoría de la gente que votó mayoritariamente a Chávez pedía una Asamblea Constituyente, al igual que un buen porcentaje que votaba a Chávez se inclinaba hacia la dictadura. Las demás variables asumen un valor menos significativo en la medida en que la gente percibe que al cambiar el modelo institucional cambiará su situación económica -el desarrollo económico pasaría primero por un cambio en el modelo político-. Es por ello que las variables económicas quedan subordinadas al cambio institucional. El discurso de Hugo Chávez se dirigió contra el “Pacto de Punto Fijo”, el acuerdo de 1958 que se había convertido en el artífice del modelo político venezolano, tildando a sus creadores -AD y COPEI- de oligarcas y corruptos y relacionando la corrupción del sistema político con la pobreza, pues unos “cuantos políticos se habían robado el dinero de la nación”, según él.

Modelo de "voto salida" con ruptura institucional		
	B	Sig
Sexo	-0,073	0,017
Edad	0,013	0,253
Grado de instrucción	-0,031	0,023
¿Cómo debe modificarse la constitución?	0,201	0,000
Situación política personal futura	0,088	0,005
Evaluación de la política económica	-0,059	0,094
Ubicación ideológica	-0,117	0,000
Democracia o dictadura	0,325	0,000

Variable dependiente: Voto por Hugo Chávez. Los datos son coeficientes no estandarizados a través del análisis de regresión lineal. Significativo al nivel de 0,05. Redpol 1996.

5. Descontento político y cambio de régimen: realismo vs. idealismo

Preguntar a la gente sobre las instituciones políticas, sus preferencias por tal o cual sistema de gobierno y el juicio que le merecen los métodos, los agentes, los resultados políticos y la actitud frente al cambio, es hoy una actividad común en el mundo entero.

Las respuestas a estas preguntas se valoran como signos de estabilidad democrática y se interpretan, a menudo, con inquietud²⁸. Uno de los puntos débiles del método de encuesta es que se adapta mejor a la cuestión de la estabilidad democrática que a la de saber si la democracia tiene más oportunidades de desarrollarse en sociedades que tienen determinadas características culturales. Es difícil suponer o saber con precisión si son los demócratas los que engendran la democracia o si es la democracia la que engendra a los demócratas²⁹. Para Przeworski, los factores económicos e institucionales bastan para explicar suficientemente la dinámica de las democracias, sin que haya que recurrir a la cultura. Para Almond y Verba es la cultura la que proporciona la base psicológica de la democracia. También para Inglehart, una democracia estable requiere una forma determinada de cultura política. Igual observamos que los indicadores de Inglehart sobre la “cultura civil” no funcionan para estos contextos: que la actitud frente al cambio, o mejor dicho el cambio gradual no es un indicador deseable o compatible con la deseabilidad de la gente. La gente puede estar muy propensa al cambio gradual; sin embargo, analizando la realidad venezolana, el hecho como tal, el voto hacia un actor que no tiene nada que ver con un pasado democrático y con un discurso radical, que no proviene de la clase política tradicional y en su hoja de vida política existe un intento de golpe de Estado, es un mejor indicador sobre la “preferencia democrática” que los indicadores de “confianza interpersonal”, “apoyo al cambio gradual o revolucionario”, los cuales constituyen dos de los tres indicadores de la “cultura cívica” de Inglehart.

Es por ello que proponemos una concepción más realista de soporte político e indicadores que nos lleven por otra vía hacia un modelo de explicación más adaptado al caso venezolano. ¿Qué prueba empírica se puede aportar sobre la correlaciones de nuevos indicadores? Veamos algunos que aportan algunos datos y que cambian sustancialmente la tesis inicial sobre la valoración de la democracia como signo de estabilidad. Para ello vamos a construir un Índice sobre cambio, legitimidad, descontento y desafección: “descontento político” (satisfacción con la democracia); “modificación de la constitución” (cambio de las instituciones); “evaluación de la política económica” (descontento político); “confianza en los partidos” (desafección

²⁸ Es posible que la gente responda a la pregunta sobre preferencia de régimen con gran intensidad y vehemencia, pero no considera que el valor con respecto a la democracia esté en juego o no considera que esta problemática sea la más prominente.

²⁹ Cf. Adam Przeworski, Michael E. Álvarez, José Antonio Cheibub, y Fernando Limongi, 2000.

partidista); “democracia o dictadura” (valores democráticos, legitimidad valorativa); “voto Chávez” (necesidad de cambio, expectativas de cambio, actitud de cambio, nuevo objeto afectivo). “La ejecución de estos experimentos mentales [nosotros agregaríamos mentales-empíricos], combinados con el esfuerzo para comprender (*verstehen*) a los actores, es lo que hará avanzar nuestro conocimiento sobre procesos de cambio político, incluso cuando estos procesos puedan ser un obstáculo para construir elegantes modelos causales”³⁰.

El análisis no es unívoco, por el contrario, son muchas las variables que entran en juego sobre la estabilidad de la democracia: actitudes, estructuras, procesos sociales, instituciones, eficacia y eficiencia de los actores en el gobierno para producir economías estables, acontecimientos políticos, la experiencia histórica de las instituciones, el cambio acumulativo, escándalos políticos, etc. En este sentido, el análisis resulta multivariado y complejo para fundamentar las explicaciones, la compatibilidad de los hechos o la causalidad en una sola vía, llámese ésta económica o culturalista. No obstante, un análisis de las diversas teorías nos lleva a preguntarnos ¿cuáles son las variables que actúan en la estabilidad de la democracia o las que incentivan al cambio y qué influencias ejercen? Respecto a esta cuestión, tipo e importancia de las variables, las respuestas han oscilado entre el férreo determinismo de los factores estructurales -económicos y sociales- sobre cualquier proceso de cambio político o estabilidad y la casuística más contingente -culturalismo-. Tras décadas de disputa, en la actualidad resulta algo dominante la tesis que afirma que si bien existen factores estructurales de índole no política que afectan a los fenómenos políticos, aquellos no son determinantes, por lo que deben ser completados en cada caso por factores políticos particulares, subjetivos y cualitativos tales como el liderazgo político, el grado de estabilidad de la élite dominante, sus posibles líneas de ruptura, las relaciones entre legitimidad, eficacia y eficiencia políticas, etc.

Los comicios del 8 de noviembre y el 6 de diciembre de 1998 tuvieron especial importancia. Una de ellas radicó en que el candidato Hugo Chávez había hecho del cambio del sistema político (desmontaje de las instituciones) a través de una Asamblea

Nacional Constituyente el tema central de su campaña, convirtiéndola de esta manera en la única oferta con un contenido de cambio político revolucionario (según su oferta electoral). Tal como lo indica el análisis de correlación bivariado (tabla N° 1), el respaldo fue mayor en la medida en que se apoya en la modificación de la constitución (tau-b de Kendall's 0,426) mediante una Asamblea Constituyente; se tenía una actitud negativa hacia la democracia (tau-b de Kendall's 0,375) y su funcionamiento (tau-b de Kendall's 0,202); una evaluación negativa de la política económica (tau-b de Kendall's 0,135) y de los partidos políticos (tau-b de Kendall's 0,141). Considerando estas correlaciones significativas estadísticamente, y viendo que este déficit institucional por un lado, y las condiciones de frustración y necesidades de la sociedad por otro lado, se entiende ese nuevo vínculo de dependencia que establecen las masas con los antihéroes de la política que ellas mismas han producido e investido con sus frustraciones, desesperación y rechazo. Igualmente otra lectura de estas correlaciones (bastante significativa 0,375), podría ser que la figura de Hugo Chávez (variable “voto por Chávez”) y su correlación significativa con “democracia o dictadura”, marcó un punto de polarización o la impronta de la cultura política de los venezolanos con relación a la valorización de la democracia.

Este análisis constituye una búsqueda para enfocar el tema de las actitudes desde otra perspectiva, pues las actitudes además de *dirección e intensidad* tienen *prominencia*, la cual abarca los componentes de “objeto afectivo” y de “actitud”. Podemos decir que una actitud prominente es aquella de la cual depende un gran número de otras actitudes, es decir, el reconocimiento de la formación de la actitud de cambio de “objeto” y la aparición de nuevos “objetos” (por ejemplo un nuevo liderazgo político) hacia los cuales se inclinan las actitudes de los ciudadanos como respuesta afectiva. El cambio de “objeto afectivo” puede ser resultado de experiencias acumuladas cuyo signo de afecto resulta positivo (favorable), neutro o negativo (desfavorable). En este sentido, el concepto de cambio de “objeto afectivo”³¹ en la actitud es tal vez el mejor concepto disponible para explicar cómo se producen ciertos cambios de actitudes, ya que al parecer gran parte de la población no

30 Max Weber, citado por Juan Linz, 1987, p. 156.

31 El cambio de objeto de la actitud es la sustitución de un objeto de la actitud por otro. Cuando esto ocurre, es de esperar que tanto el objeto como su afecto correspondiente sean reemplazados por un objeto completamente nuevo y por su afecto asociado. Un objeto psicológico es todo aquello que el individuo considere que lo es: una persona, un político, un líder, una ley, un ideal, etc. (Lemert, 1983). Para Talcott Parsons y Edward A. Shils (1962), “un objeto social es un complejo de realizaciones cuando un actor, en la orientación de su acción hacia los objetos, focaliza su interés sobre los procesos de acción del objeto y sus éxitos, antes que sobre sus cualidades o atributos. El atributo de un objeto social es alguna cualidad o calificativo descriptivo que caracteriza al objeto con total prescindencia de la acción que el mismo pudiera realizar.” (p. 88).



Tabla Nº 1		
Análisis de correlación bivariado: Cambio institucional y voto Hugo Chávez		
Correlaciones entre Voto Hugo Chávez, descontento político y cambio de régimen		
		Votó por Chávez
Satisfacción con la democracia	Coefficiente de correlación Sig. N	,202** ,000 1120
¿Cómo debe modificarse la constitución?	Coefficiente de correlación Sig. N	,426** ,000 1051
Evaluación de la política económica	Coefficiente de correlación Sig. N	,135** ,000 1104
Confianza en los partidos políticos	Coefficiente de correlación Sig. N	,141** ,000 113
Democracia o dictadura	Coefficiente de correlación Sig. N	,375** ,000 1081
**Correlación significativa al 0,01. Tau-b de Kendall Redpol 1998		

establece espontáneamente muchas relaciones entre los objetos políticos de su actitud, a pesar de que sus valores parecen estar existiendo dentro de una población determinada (el valor de la democracia frente a otros regímenes y la actitud frente al cambio de la sociedad que resulta favorable hacia el cambio gradual, pero que no se corresponde con el discurso del nuevo objeto afectivo cuyo discurso tiene *dirección* e *intensidad* hacia un “cambio radical”). Entonces, podemos distinguir entre actitudes hacia un “objeto” (como el discurso de “cambio” de Hugo Chávez) y actitudes hacia la “situación”, definidas estas últimas como el contexto social que puede ser visto con un componente afectivo de *dirección* e *intensidad*, según sea el caso, positivo o negativo.³²

El contexto cobra importancia; por ejemplo, la popularidad de Hugo Chávez primó sobre la legitimidad de la democracia y las propias instituciones. Según George Philip, en la medida en que la “mentalidad de muchos venezolanos era tal que podía apoyar tanto a la democracia como al ejército, este modo de pensar valoraba más la popularidad que la legitimidad institucional como tal”. En palabras de Myers y O'Connor: “no todos los ‘demócratas’ están en contra de todos los golpes”. Esto no sólo nos permite explicar por qué el intento golpista de febrero de 1992 tuvo tanto éxito, sino también el motivo por el cual la ilegalidad tolerada puede representar una grave amenaza para la

democracia, a saber, porque fácilmente puede hacer que se desvanezca la diferencia entre las formas democráticas y antidemocráticas del comportamiento político”³³.

La legitimidad del régimen democrático venezolano no depende, significativamente, de las posiciones valorativas según estas correlaciones. La divergencia entre los niveles ideológicos y pragmáticos de la cultura política –apoyo valorativo como régimen político aunado al rechazo de su esquema institucional de toma de decisiones e ineficacia prolongada– ha estado presente durante muchos años. No obstante, lo que podría explicar la elasticidad de esta divergencia es la falta de otras alternativas de gobierno frente a AD y COPEI. Las frustraciones que se acumularon durante mucho tiempo tienen su expresión en 1993 con el triunfo de Rafael Caldera, como un cambio moderado, y más aún en 1998 con el triunfo de Hugo Chávez, cuando los cambios esperados y las frustraciones acumuladas generan en las expectativas de los venezolanos el momento del “verdadero cambio”.

En este sentido, cabe preguntar ¿es la valoración positiva de la democracia, decisiva para la persistencia del propio régimen? Podemos pensar que la “legitimidad consiste en un conjunto de actitudes positivas hacia el sistema político considerado como merecedor de apoyo”³⁴. Legitimidad y apoyo subrayan la “bondad” de las instituciones; esto último cobra

32 Cf. Lemert.

33 PHILIP, George. 2004, p. 151.

34 MORLINO, Leonardo. 1985 p. 177.

significado para el régimen sólo si se traduce en percepciones subjetivas de justificación de apoyo al sistema. No obstante, por defecto de la definición se desprende que la legitimidad está lejos de asumir un significado de aceptación pasiva del régimen³⁵. En este sentido, el apoyo a un sistema no depende sólo de la legitimidad sino también de otros factores. Por ejemplo, el consenso, definido como “un estado de acuerdo entre ciertos sujetos del sistema político sobre ciertos objetos”³⁶, de aquí se desprende que al concepto de consenso le son casi extrañas las actitudes de adhesión y apoyo al régimen, típicas de la legitimidad.

“El consenso sólo evoca estas actitudes cuando se transfiere en la legitimidad”³⁷. Otro factor de la legitimidad es que ésta se “consolida -según Seymour Lipset- a través de la eficacia prolongada y la eficacia es la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población, es decir, se vincula con el desempeño real del gobierno y de los grupos de poder claves”³⁸. Podemos concluir que mientras la legitimidad difusa se mantiene a lo largo del tiempo como valor positivo hacia la democracia, la legitimidad relativa producto de la insatisfacción de las demandas posee un bajo nivel de apoyo. Ahora, qué sucede si tenemos una relación de legitimidad difusa-persistente estable, ilegitimidad relativa persistente inestable, crisis y cambio. Los resultados se pueden observar en el cuadro de correlaciones, puesto que al introducir un nuevo catalizador como el “voto Chávez” que representa la opción del cambio, la legitimidad difusa-persistente se ve afectada; esta aproximación que obtenemos es una analogía del planteamiento de Leonardo Morlino sobre legitimidad, persistencia, crisis y cambio³⁹.

Otro aspecto interesante en las correlaciones es que si bien es cierto que según los datos obtenidos en muchos estudios empíricos demuestran que los venezolanos no han perdido la fe en la democracia como sistema a pesar de todas sus frustraciones, la presencia de un líder fuerte, la necesidad de mano dura para resolver los problemas del país, los conducen a desplazarse circunstancialmente entre actitudes democráticas y autoritarias, proyectando una cultura política que se mueve en arenas movedizas. Esto indica que algunas democracias consideradas con cierta institucionalidad dependen de una legitimidad por defecto, paradójicamente sólida e inconsistente a la vez, caracterizada por el desinterés político de los ciudadanos y las movilizaciones esporádicas y circunstanciales. Esto presupone pensar que estas democracias defectuosas con limitaciones participativas exclusivamente electoral-partidistas convierten al ciudadano en simple peticionario de favores gubernamentales. Es decir, se agota la democracia en un ritual electoral-partidista, dejando al ciudadano librado a su propia suerte, y cuando no a un simple usuario insatisfecho, en la medida en que su virtud democrática retrocede a simples comportamientos de demandantes de favores gubernamentales⁴⁰.

Esta concepción instrumental de la democracia, satisfacción baja con el funcionamiento de la democracia, desconfianza en las instituciones, prioridad de desarrollo económico sobre la democracia, conforman un campo abonado para populismos de cualquier orientación. Fenómeno donde el pensamiento autoritario recoge la impronta de la cultura política democrática, puesto que se esconde detrás de una fachada democrática (producto de las elecciones) sustituyendo la ya tradicional histórica solución abiertamente autoritaria⁴¹.

35 Leonardo Morlino (1985, p. 182) se pregunta ¿cuáles son las fuentes de la legitimidad? Para responder distingue entre legitimidad *específica* y legitimidad *difusa*. La legitimidad específica es un conjunto de actitudes de adhesión al régimen y a las autoridades debido a la satisfacción de determinadas demandas por medio de determinados actos del gobierno. La legitimidad difusa no se refiere a los *outputs* particulares, sino que sus orígenes tienen que ver con otros factores más generales, como la cultura política.

36 *Ídem.*, p. 180.

37 *Ídem.*, p. 180. Para Juan Linz (1987), “la pérdida de apoyo de todos los actores políticos de un régimen democrático puede fácilmente llevar a una erosión de legitimidad”, p. 40.

38 SEYMUR MARTÍN LIPSET, 1996, p. 14.

39 MORLINO, Leonardo. 1985, p. 180-181.

40 El populismo se genera cuando un conjunto de demandas marginadas, (educación, trabajo, servicios, derechos sociales) siendo desatendidas por las autoridades e instituciones gubernamentales, permiten articular dichas demandas alrededor de un liderazgo oportunista que, apelando a las necesidades no satisfechas movilizan a los “de abajo”, aun utilizando los canales políticos normales como las elecciones, erosionan el concepto democracia liberal con un discurso anti-institucionalista. Convirtiéndose ciertamente en una alternativa no democrática o por lo menos en una alternativa “democrática” que no profesa el conjunto de la comunidad política, sustituyendo de esta manera la solución otrora abiertamente militar o autoritaria por esta otra de fachada democrática (producto de las elecciones) con un recorte de libertades públicas (control de la libertad de expresión), concentración de poder en una sola persona, desmovilización electoral de un sector de la población, distribución y acceso selectivo de empleos públicos u otros favores según su acercamiento afecto al régimen.

41 NOHLEN, Dieter. 2002, pp. 9-10.



Referencias

- ABRAMSON, Paul. (1987). *Las actitudes políticas en Norteamérica*, Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires.
- BALOYRA, Enrique y MARTZ, John. (1979). *Political Attitudes in Venezuela. Societal Cleavages and Political*, University of Texas Press, Austin.
- COSTAFREDA, Andrea. (2004). "Del determinismo institucional a la agenda política. Escenario para el cambio en América Latina", Documentos de trabajo, Institut Internacional de Governabilitat de Catalunya, 26 de noviembre.
- Estudio Perfil Consultores 21 N. 56. Estudios perfil. Septiembre 2003.
- FEARON, James D. (2002). "Control electoral y control de los políticos: la selección de buenos tipos frente a la sanción del mal gobierno", *Revista Zona Abierta* N° 100/101.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1977). *Salida, voz y lealtad*, FCE, México.
- LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- LEMERT, James. (1983). *Después de todo, ¿Puede la comunicación masiva cambiar la opinión pública?* Publigráficas, S.A. México.
- LINZ, Juan. (1987). *La quiebra de las democracias*, Alianza Editorial, Madrid.
- LIPSET, Seymour Martin. (1996). "Repensando los requisitos sociales de la democracia", *Ágora*, N. 5, Invierno.
- MANIN, Bernard; PRZEWORSKI, Adam y STOKES Susan C. (2002). "Elecciones y representación", en: *Revista Zona Abierta*, N° 100/101, p.19-49.
- MARAVALL, José María. (2003). *El control de los políticos*, Taurus, Madrid.
- MAYORGA, René A. (1995). *Antipolítico y neopopulismo*, Cebem, La Paz.
- MORLINO, Leonardo. (1985). *Cómo cambian los regímenes políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- NOHLEN, Dieter. (2002). *Percepciones sobre la democracia y desarrollo político en América Latina*, *Latinobarómetro*.
- PARAMIO, Ludolfo. (1998). "Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias", Documento de trabajo 98-11, CSIC, 1-19.
- PARSONS, Talcott y SHILS, Edward A. (1962). *Hacia una teoría general de la acción*, Harvard University Press, Cambridge.
- PAUSADELA, Inés y CHERESKY, Isidoro. (2004). "La incertidumbre organizada. Elecciones y competencia política en Argentina (1983-2003)", en: Isidoro Cheresky e Inés Pousadela (eds), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudios de casos*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- PEREIRA, Javier. (2005). "88,2% rechaza el llamado abstencionista", *El Nacional*, 16 de Octubre de 2005, Caracas, p. D/7.
- PRZEWORSKI, Adam, Álvarez, M. E., Cheibud, J.A. y F. Limongi. 2000. *Democracy and Development: Political institutions and well-being in the world 1950-1990*, Cambridge University Press, New York.
- PHILIP, George. (2004). "El Estado y el problema de la legitimación democrática en Venezuela bajo el sistema 'Punto Fijo'", *Foro Internacional*, N° 1, enero y marzo.
- RAMOS J., Alfredo. (2002). "Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada", en: Alfredo Ramos Jiménez (ed.), *La transición Venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, Mérida-Venezuela.
- RAMOS J., Alfredo. (2005). "Partidócratas y plebiscitarios. Notas sobre el liderazgo y la gobernanza en Venezuela", en: *Reflexión Política*, N. 13 Junio, UNAB, Bucaramanga-Colombia.
- RIVAS L, José A. (2002). "Antipolítica y nuevos actores políticos en Venezuela", en: Alfredo Ramos Jiménez (ed.), *La transición Venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, Mérida-Venezuela.
- SELIGSON, Mitchell A. (2002). "The Impact of Corruption on Regime Legitimacy: A Comparative Study of Tour Latin American Countries", *The Journal of Politics*, Vol 64, N. 2.
- STOKES, Susan C. (2002). "Partidos políticos y democracia", *Revista Zona Abierta* N° 100/101.
- SUCRE, Ricardo. (2005). "No hay carismas ilimitados", *El Nacional*, 2 de octubre de 2005, Caracas, p. A/2.
- VILLARROEL, Gladis. (1998). "De tal palo tal astilla: patrones de socialización política en Venezuela", en: *Revista Interamericana de Psicología*, V. 32, N. 1. Brasil.
- Encuestas y Datos
- Los datos utilizados para la elaboración de los análisis provienen de la base de datos facilitados por la Universidad Simón Bolívar:
- La encuesta Baloyra 1973. Fue diseñada por Enrique Baloyra y John Martz, y se administró en noviembre de 1973 a una muestra de 1500 personas.
- La encuesta Batoba 1983: Diseñada por Enrique Baloyra y Aristides Torres. Administrada en noviembre de 1983 a una muestra nacional de 1800 personas.
- La encuesta Ciepa/Doxa 1993: Dirigida por el Centro de Investigaciones de Estudios Políticos y Estudios Políticos y Administrativos de la Universidad del Zulia. El trabajo fue realizado por Doxa C.A. en mayo-junio de 1993. Se aplicaron 1500 entrevistas a nivel nacional.
- Datos Venezuela 1995 y 1996.
Datos Valores 2000.
José Vicente Carrasquero (E), 1993 Datos.
La encuesta REDPOL 1998, fue preparada por la Red Universitaria de Estudios Políticos (integrada por investigadores de la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Central de Venezuela, el Instituto de Estudios Superiores de la Administración y la Universidad del Zulia).